

PRINCIPIOS ESTRATÉGICOS ESTABLECIDOS HACE DOS MILENIOS

F. Fernando de BORDEJÉ Y MORENCOS
Contralmirante

Cuando se dice que en la vida humana no hay nada nuevo ni definitivo, no se hace más que afirmar una realidad. Es lo que sucede con unos Tratados del Arte de la Guerra, concebidos en su mayor parte por unos estrategas chinos, entre los siglos IV y III antes de J. C.

De los escritos a que nos referimos, la Europa de la Alta Edad Media apenas pudo tener conocimiento sino a través de las irrupciones mongólicas. Mas desde entonces y pese al apasionamiento con que el Mundo Occidental acogió las revelaciones de Marco Polo, a fines del siglo XIII, no se sabe que nadie diera a conocer la existencia de esos y otros notables escritos.

Hubo que esperar a que un jesuita, el padre Joseph Marie Amyot, fuera enviado en 1740 a China, donde consiguió captarse la estimación y confianza del emperador Kien-Long. El activo jesuita, que moriría en Pekín en 1793, publicó una larga serie de obras y trabajos, editados tanto en la citada capital china como en París, entre los que precisamente se destaca la obra aparecida en 1772, impresa en la editorial parisiense Didot, aún subsistente, con el título *Arte militar de los chinos o recopilación de los antiguos tratados sobre la guerra*, publicación de la que posteriormente se hicieron otras ediciones, entre ellas la de 1782, que parece interesó a Napoleón.

En la obra del padre Amyot, según se advertía en su misma portada, se hacía constar que esos tratados, que fueron siete, habían sido compuestos antes de la Era cristiana por varios generales, cuyos nombres quedaron marcados en la historia militar del Imperio, quienes debieron servir a las dinastías de los siglos IV y III antes de J. C.

Algún autor moderno, de los pocos que se han ocupado del tema, los califica, más que de patriotas o nacionalistas, de estrategas profesionales a sueldo de quienes mejor pudieran recompensarles. Dichos estrategas dieron su propio nombre a sus respectivas doctrinas, de las cuales el padre Amyot no trajo sino una reducida parte, por haberse perdido las demás, pérdida muy lastimosa si se atiende al considerable valor de los escritos conservados.

Durante el siglo XIX, la divulgación de esos tratados debió ser muy escasa, ya que solamente se tiene noticia de la publicación en Italia, a nombre de Sun-Zu, de un pequeño libro titulado *L'Arte della Guerra*, pero, según el capitán de navío norteamericano Richard O. Patterson, las milenarias doctrinas chinas fueron conocidas por oficiales americanos y europeos que frecuentaron aquellas tierras, entre ellos el famoso general inglés Gordon. No obstante,

hasta 1908 los viejos postulados no fueron vertidos al inglés, siendo el capitán E. F. Calthrop quien los tradujo y reveló en un pequeño volumen de 119 páginas.

Pero la publicación más completa y divulgada, dentro del escaso interés que hasta nuestra época merecieron las referidas doctrinas, se debe al teniente coronel francés Chollet, que en 1922 editó en París un volumen titulado *L'Art militaire dans l'antiquité chinoise*, en el que revisaba las traducciones del padre Amyot y agrupaba, por conceptos, las sentencias de los diversos autores, en lugar de exponerlas separadamente como aquél lo había hecho.

Sin embargo, hasta 1927 los referidos estudios atraían a los profesionales más bien por curiosidad que por una real vigencia de su contenido, siendo el prestigioso escritor y militar inglés Lidell Hart quien advirtió la importancia de las prescripciones contenidas en tan arcaicos textos. No obstante, habría de esperarse largos años para que las teorías de los maestros chinos adquirieran plena vigencia, lo que se logrará gracias a Mao cuando fundamente sobre ellas sus ideas de acción revolucionaria.

El primer autor en importancia y quizá, si atendemos a las veces que ha sido citado, el más conocido en Occidente es Sun-Tse, cuyo tratado parece ha de interpretarse como *Reglas sobre el arte militar*, de las que solamente se conocen 13 capítulos de los 82 que en principio componían la obra original. Este estratega se cree que vivió en el siglo III anterior a nuestra Era.

A Sun-Tse sigue en importancia Wu-Tzu, conocido igualmente como Ou-Tse, contemporáneo de aquél. El padre Amyot afirma que los chinos colocaban a estos dos autores a la misma altura que Confucio, aunque en diferentes esferas. De la obra de Wu-Tzu únicamente se poseen seis capítulos.

Continúa luego un tercer escritor, llamado Se-Ma-Jang Kin, quien vivió bajo la dinastía de los Tchéou, anterior a J. C. Su nombre es comúnmente abreviado y conocido como Se-Ma, de quien nos han llegado seis capítulos de su trabajo *Reglas del arte militar*, que, con los 60 artículos que quedaron del otro libro *Lou Tao*, atribuido a Liu-Vang, aun de época anterior, componen los textos traducidos que hoy están a nuestro alcance.

De los restantes autores y tratados, el padre Amyot no dio sino referencias, por las que se sabe que la obra de uno de ellos titulada *Ven Toui* estaba expuesta en forma de preguntas y respuestas, figurando entre los interrogadores el emperador Tai-Tsong, de la dinastía Tang. El mismo comentarista afirma que el libro llamado *Goei Leao Tsé* era, asimismo, dialogado y comprendía 24 artículos poco extensos, mientras que el denominado *San Lio* se dividía en tres partes y fue compuesto por Hoang-Che Kong, bajo la dinastía de los Tsin, siempre unos y otros viviendo antes de la Era cristiana.

Breves comentarios de las doctrinas.

Entre los axiomas de los viejos tratadistas aparecen conceptos bastante diversos, aunque en su conjunto componen una doctrina militar dotada de un carácter racional, serio y hasta moral, con cierto fondo de prudencia.

Es de destacar en tales principios un profundo conocimiento del hombre, ya aislado o en un grupo y, consecuentemente, la apreciación de los lazos que ligan al individuo con la colectividad. De ahí que preconicen la necesidad de desarrollar y utilizar las aptitudes individuales y generales, no para promover los intereses particulares de unos y otros, sino los del grupo, lo que les conduce a establecer ese gran principio de todos los tiempos de que *la fuerza de un pueblo reside en la unidad de sentimientos y de acción*.

Podría decirse, en suma, que los suspicaces tratadistas chinos consideraron el arte de la guerra desde un punto de vista exclusivamente psicológico, analizando como decisivos los factores de ese orden, por encima de otras consideraciones. De ahí que no se detengan a explicar ningún detalle específico de la organización ni del armamento, es decir, de lo que en nuestro tiempo aumenta la complejidad de las ideas, aunque no por ello deja de observarse en todo el conjunto una constante preocupación por aplicar al esfuerzo bélico todo cuanto pueda conducir a positivos resultados.

En cuanto a sus ideas sobre movilización, efectivos y logística, tampoco se aproximan a las nuestras, pero hay que tener presente que esos factores dependen y varían según la época y los medios, siendo precisamente la ausencia casi completa de tales consideraciones lo que da a esas doctrinas un aire de actualidad.

A cambio, si atendemos a lo que en ellas se expresa sobre las circunstancias y caracteres con que las fuerzas y elementos han de ser utilizados, se llega a la convicción de que algunas condiciones, como las de *la libertad de acción, economía de fuerzas, iniciativa, control y sorpresa*, no han cesado de imponerse en todo tiempo y lugar, desde la antigüedad a los días presentes.

En principio, las concisas máximas y sentencias con las que se exponen tan admirables teorías pueden parecer oscurecidas e inaplicables a las últimas guerras. Mas si se les confronta detenidamente y se aplican a los recientes conflictos, como los de Corea, Argelia o el Vietnam, se apreciara su oportunidad y la afinidad de sus procedimientos, que coinciden, en lo posible, con los conceptos sostenidos sobre la conducción de las guerras de liberación y revolucionarias en el campo operativo, a ejemplo de Mao y Giap, que en esas doctrinas milenarias encontraron la guía de su estrategia y sus más patentes enseñanzas.

En rigor, no puede decirse que los antiguos estrategas chinos dieran preferencia a unos conceptos sobre otros, pues supieron conjugarlos y adaptarlos a su especial indiosincrasia, aunque no por ello dejaron de tener siempre presente que desde *la maniobra a la seguridad*, todos los principios son meros coadyuvantes del *fin* buscado, esto es, del *objetivo* que, entonces como ahora, fue siempre el principio fundamental.

Muy acertadamente, no confundieron ese *fin* con los actualmente considerados como *objetivos físicos* que, sin embargo, para la estrategia española y francesa del siglo XVIII constituían los fines esenciales de sus campañas, como eran las conquistas territoriales o espacios geográficos. Tampoco consi-

deraron como tales la destrucción de las fuerzas armadas enemigas, que para la estrategia del siglo XIX y parte del XX constituía el designio capital.

Su gran mérito reside en el hecho de que se adelantaron muchos siglos en el desarrollo del mencionado principio, al advertir que el único *fin* u *objetivo* a que debía tender la guerra era no solamente anular la voluntad de lucha del enemigo, idea a la que tímidamente y sin grandes resultados se aplicó el esfuerzo aéreo aliado durante la segunda guerra mundial, sino el de obligar a asimilar a la suya la voluntad del adversario, eminente postulado adivinado por Carlos Marx, aplicado por Lenin y elevado por Mao y Giap a su más alto valor, con sus doctrinas y métodos de guerra revolucionaria.

De ahí proviene que en ese tipo de guerra no se reconozca, fuera de aquél, otra clase de *objetivos físicos*, ni tampoco los ofensivos y defensivos, pues si en algún momento así lo puede parecer, se trata únicamente de movimientos claramente diferenciados, que actuarán como uno u otro signo según operen de acuerdo con las directivas de una común estrategia ofensiva, como fue el caso de los partisanos rusos en la última fase de la segunda guerra mundial, o en acciones subversivas sobre las retaguardias enemigas, en apoyo también de una común estrategia, en este caso defensiva, tal como lo demostraron los resistentes yugoslavos y franceses en el citado período, lo que, en suma, refuerza la particularidad de esa clase de guerra.

Encaminados a ese fin, los estrategas de la antigüedad china formularon una serie de reglas y normas, que hoy llamaríamos de acción psicológica, con el único objeto de debilitar la moral del adversario antes de emprender cualquier acción decisiva. Muy de acuerdo con las características de su raza, preconizaron ya las ideas de minar, desgastar, reducir por la astucia y envolver por el engaño los obstáculos, antes de emplear la violencia para quebrantar la resistencia del contrario, acudiendo únicamente a ella si las circunstancias y la relación de fuerzas lo permitieran y si la ocasión les era en todo caso propicia.

Como meros coadyuvantes para lograr ese objetivo revolucionario y en el terreno puramente operativo, la selección de los que hoy llamaríamos *objetivos físicos*, puntos sobre los que *la maniobra* se enfoca, depende del momento, aunque, como los citados autores destacan en sus escritos, una vez escogidos, todos los esfuerzos deben aplicarse, directa o indirectamente, a conseguirlos, a menos que un cambio de la situación requiera una nueva estimación y, con ella, el señalamiento de nuevos fines u objetivos.

Para alcanzar éstos, dichos estrategas aplicaron el concepto de *maniobra*, concebida muy ortodoxamente para esa clase de guerra, ligándola íntimamente con la *movilidad* y la *dispersión*, sin olvidar que la primera es más bien un concepto táctico, en tanto que las otras son principios estratégicos. Esta aseveración está hoy fuera de toda duda, según demostró la Marina norteamericana durante la segunda guerra mundial en el Pacífico, en donde gracias a su poder aéreo embarcado logró una gran movilidad para proyectarse sobre considerables espacios estratégicos.

De ahí que, para la mentalidad de los viejos autores, la guerra estática y

el concepto de frente continuo aparecido en la primera guerra mundial fueran inimaginables, surgiendo, por el contrario, en sus máximas, las ventajas ofrecidas por la rapidez de movimientos, en la que, según dicen, descansan las grandes posibilidades de la infiltración en profundidad en los dispositivos enemigos. Esto es, ni más ni menos, que los modernos postulados de la guerra revolucionaria, seguidos por el Vietcong en su año lunar de 1968, cuando, a través de los *espacios vacíos* producidos por las características de la lucha en zonas muy abruptas y de espesa vegetación, les fue fácil la infiltración masiva, que en las primeras semanas sembró la confusión e impidió a las fuerzas americanas ejercer el dominio de las ciudades sudvietnamitas.

En dicho punto, sus ideas son idénticas a las formuladas por Mao, pues cuando aquéllos preconizan que las operaciones deben tender a ganar las retaguardias para atacar los puntos donde se encuentre menor resistencia, no hacen más que establecer el mismo postulado que el citado líder chino calificó como *guerra sin frente*.

Concebida así por ellos la *maniobra*, dichos estrategas preconizan igualmente la necesidad de conseguir la *iniciativa*, al objeto de crearse unas situaciones favorables que les permitan explotar su acción y aplicar momentáneamente la superioridad de sus esfuerzos. A ese fin, recomiendan dividir y dispersar al enemigo aplicando, si es preciso, en toda su pureza el arte de la subversión.

Sin embargo, en la guerra que ellos auspician, la superioridad no debe confundirse ni asociarse a los actuales principios de la *concentración*. Si en términos clásicos la concentración prevé la utilización de una masa humana y de medios en el momento y lugar adecuados, en aquel tipo de guerra solamente será aconsejable cuando el adversario se encuentre dividido y debilitado, pues, en resumen, lo que debe pretenderse en todo momento es mantener bajo cualquier circunstancia el reconocido principio de la *economía de fuerzas*.

A ese respecto, los estrategas chinos se muestran muy circunspectos, pues temiendo por su *seguridad* aconsejan rehuir todo ataque frontal que les pueda resultar desfavorable, desde el punto de vista de su conveniencia y prestigio.

Pero esa obsesión suya por economizar fuerzas, que no parece hallarse muy de acuerdo con la mentalidad oriental, demostrada sucesivamente en los conflictos de Corea o del Vietnam, se traduce por un constante esfuerzo por lograr unos efectos de *dispersión y diversión*, aunque quizá no adivinen en ellos el peligro que puede entrañar la primera y el aspecto negativo de la segunda.

No obstante, estiman que con tales efectos, aparte de asegurar su propia maniobra, obtienen una amplia *libertad de acción* en sus movimientos, lo que justamente coincide con lo afirmado por Marx en su artículo *España revolucionaria*, aparecido en 1854 en el «New York Daily Tribune», que aconsejaba: *estar en todas las partes y no estar en ninguna, llevando siempre consigo las propias bases*. Todo esto condujo a dichos estrategas a prescribir la *descentra-*

lización en la conducción de las operaciones, idea que, por otra parte, es actualmente aplicada por todas las guerrillas del mundo.

Llegados a este punto, creemos es interesante observar la profunda diferencia en este aspecto existente en la puesta en práctica de un mismo principio, según se trate de guerra regular o revolucionaria. En la primera, tanto si la maniobra tiene lugar en guerra de movimientos o de desgaste, la victoria exige la superioridad material y moral, esto es, la concentración en el tiempo y en el espacio. Por el contrario, en la guerra revolucionaria, al no existir realmente campos de batalla, no hay choque en el amplio sentido de la palabra, reduciéndose las acciones a un pequeño, pero incesante, número de combates, que significa la dispersión en el espacio y en el tiempo. Así, concentración, por un lado, y dispersión, por otro, son los rasgos diferentes entre ambas estrategias, lo que conduce a dos conceptos distintos que son: *centralización* y *descentralización*, que en ambos casos alcanzarán a las fuerzas, comunicaciones y logística.

Continuando con nuestras consideraciones sobre los tan mentados estrategias chinos, se aprecia que, aunque prudentes, conservadores y calculadores, prevén, sin embargo, que el ataque concede siempre la *iniciativa* y con ella se logra la *libertad de acción*. Estas ideas fueron igualmente entrevistas por Marx, cuando en otro artículo, publicado en el «New York Times» en 1852, titulado *Revolución y contrarrevolución*, escribía: *La defensa es la muerte en lucha revolucionaria; el ataque es la mejor defensa; atacar y retirarse para no estar nunca inactivos; si en el aspecto global de una guerra revolucionaria los movimientos pueden ser estratégicamente defensivos, la táctica debe ser siempre ofensiva.*

Pero también advierten que el mantenimiento de un espíritu ofensivo a ultranza puede apartar del *fin* real, idea muy precisa, pues no hay que olvidar que un espíritu tal puede inducir al enemigo a concentrarse, favoreciéndole involuntariamente al permitirle de esta forma simplificar sus problemas de abastecimientos, comunicaciones y de seguridad.

Esas consideraciones con respecto al espíritu ofensivo a ultranza fueron, asimismo, entrevistas por Lawrence de Arabia, quien se percató del peligro que entrañaba, como lo demuestra cuando en su libro *Los siete pilares de la sabiduría* afirmaba que *los ataques a ultranza y la prosecución de una acción más de lo debido permitirá al enemigo cambiar sus dispositivos y hacerles entonces frente llevaría a romper con una regla fundamental, como es la de no ofrecer nunca un objetivo al adversario.*

Como palpable y reciente confirmación de esas palabras puede señalarse la resistencia ofrecida por el Vietcong en la ciudadela de Hue, en 1968, cuya defensa durante numerosas semanas permitió a las fuerzas norteamericanas no solamente recuperarla, sino causarle numerosas bajas.

Como era de esperar, los sagaces maestros del Celeste Imperio abordaron, naturalmente, lo referente a las características del *mando*, es decir, de ese otro gran principio del *control* o *cooperación* que, como vemos, estaba también presente en sus mentes.

Es curioso observar su estimación de la necesidad de que, por su competencia profesional y sus dotes personales, el jefe logre el respeto y la obediencia de sus subordinados. Asimismo, para conseguir la victoria es preciso que el mando establezca adecuadamente una ponderada asignación de responsabilidades y de autoridad en los diversos escalones de la jerarquía, así como la necesidad de educar al combatiente y adiestrarlo, no solamente para obtener un cierto nivel de eficacia individual o de grupo, sino para llegar a una espontánea unidad de esfuerzos, confianza y moral.

En verdad, estos capítulos son todo un tratado de psicología humana, arte primordial de toda acción revolucionaria. Pero lo verdaderamente curioso es que los estrategas profesionales, surgidos durante el siglo XIX y principios del XX, no conceptuaron las ideas de guerra revolucionaria y subversiva más que como unos principios sin valor, a los que no había de concederse importancia. De ahí que las contiendas armadas siguieran inspirándose en los moldes clásicos, sin dar cabida a otros preceptos que progresivamente se irían imponiendo, para que en el porvenir todas las guerras fueran adquiriendo un cierto carácter revolucionario, si bien habría de esperarse a Lenin y después a Mao para incluirlos con carácter real en el arte o teoría de la guerra.

Actualización de los antiguos textos.

Sin detenernos a considerar el siglo XIX, en el que la filosofía de Clausewitz dominó por completo, sí es conveniente efectuar ciertas consideraciones sobre su impacto en el XX.

Pese a las publicaciones antes mencionadas de Calthrop en 1908 y de Cholllet en 1922, el olvido de los estrategas chinos de la antigüedad acaso proseguiría si, como ya hemos referido, en 1927 el conocido estratega británico Lidell Hart no hubiera formulado unas singulares teorías que hicieron volver, por fin, los ojos hacia los remotos tratadistas.

En verdad, no se sabe con certeza si Lidell Hart conoció o no dichas obras, ni tampoco si llegó a captar en el momento sus posibilidades. Pero de lo que no puede dudarse es de que las teorías de este estratega inglés sobre el *envolvimiento* o la estrategia de *aproximación indirecta*, aunque más bien aplicadas a maniobras clásicas, como algunas de las desarrolladas en la segunda guerra mundial, coinciden con el principio de Sun-Tse de que *el arte supremo de la guerra consiste en vencer al enemigo sin combatir*.

También es digno de recordar cómo las teorías del almirante inglés Fisher y, principalmente, del mariscal francés Foch sobre *el total aniquilamiento* del adversario mediante la batalla decisiva fueron contempladas por los citados tratadistas chinos.

El mariscal Foch hubiera quedado harto sorprendido si hubiera conocido aquellos axiomas de Sun-Tse sobre la brevedad de la guerra y los de Se-Ma sobre la batalla decisiva, formulados veinticuatro siglos antes, según los cuales *quienes ganen cinco victorias quedarán exhaustos; los que alcancen cuatro*

se empobrecerán; los que, a su vez, vencieren tres veces obtendrán ya cierto dominio, en tanto que los que logren dos victorias fundarán un reino y los vencedores de una sola ganarán un Imperio. Teorías apoyadas y complementadas por Se-Ma, al proclamar que *un ejército fuerte y bien disciplinado no debe perder su tiempo en escaramuzas ni combates menores, que no conducen a nada decisivo, sino que deben provocar cuanto antes una batalla que asegure una victoria completa.*

Durante la segunda guerra mundial, un agitador hasta entonces casi desconocido, Mao Tse Tung, estableció el postulado de que el objetivo final de una guerra era anular por todos los medios la voluntad de combatir del enemigo, demostrándose como, en sus detalles, las teorías predicadas por Mao coincidían perfectamente con los dictámenes de Sun-Tse, Wu-Tzu y Se-Ma.

En otro aspecto, dichos tratadistas, al exponer sus ideas sobre la *situación, explicaban que en la guerra la política mejor ha de ser la de conquistar intacto el Estado enemigo, para lo cual habrá de derrotarse a los contrarios por medio de maniobras y sin entrar en combate, es decir, ganando sucesivas ventajas sin hacer uso de las armas y debilitándolos por todos los medios lícitos o ilícitos, justos o injustos y, si fuera necesario, con la tiranía y la venganza.* Pues bien, principios idénticos a los contenidos en la trilogía doctrinal de Mao, que no exponemos por ser muy difundida y alargar, sin duda, este trabajo, pero que prueba en las fuentes en que pudo inspirarse.

Otra muestra de que una de las fuentes más importantes del pensamiento de Mao Tse Tung radica en las doctrinas de sus lejanos antecesores, la constituyen evidentemente sus obras militares, como la *Guerra de guerrillas*, en donde aparecen unas máximas idénticas para ser aplicadas a las colectividades, con la misma validez que debieron serlo hace 2.400 años.

Gracias, sin duda, a Mao, los escritos de los milenarios estrategas vienen siendo más atendidos en artículos y trabajos profesionales, mereciendo destacarse la recopilación y comentarios del general norteamericano Samuel B. Griffith de algunas de las partes de las referidas obras.

No podemos extendernos más, cual quisiéramos, en exponer y criticar la diversidad de prescripciones que los generales de aquellas milenarias dinastías expusieron en los reducidos textos que nos son conocidos.

Mas lo hasta aquí examinado hará comprender, según creemos, tanto la inmensa curiosidad que provocan como la admiración que sus postulados y máximas merecen.

La vida guarda infinitas sorpresas, y no es la menor la coincidencia de tales bimilenarios principios con los que en esta misma hora se sustentan y se practican.